

9. La redención del hombre

Juan da este testimonio de la obra de nuestro Salvador: «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo» (1 Juan 4:14). Y Pablo también dice: «ponemos nuestra esperanza en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres» (1 Timoteo 4:10). Dios lo envió para «proclamar libertad a los cautivos, y apertura de la cárcel a los presos» (Isaías 61:1). Fielmente ejecutó su comisión. Hablando del diablo y su reino, Jesús dijo: «Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está todo lo que posee; pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el despojo» (Lucas 11:21, 22). Esto representa apropiadamente la obra del Salvador triunfando sobre el enemigo de la humanidad. Satanás era en verdad un hombre fuerte armado, pero Cristo fue más fuerte que él. Así, cuando Jesús vino, el palacio de Satanás (el sepulcro) y sus bienes (los muertos), que antes guardaba con seguridad, se vieron amenazados de ser invadidos. De nuevo Jesús dijo: «Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata; y entonces saqueará su casa» (Marcos 3:27).

El hombre fuerte (Satanás) guardaba su casa (el sepulcro); y sus bienes (los muertos) estaban seguros hasta que vino el hombre más fuerte (Jesús). Jesús entró en la casa-prisión donde Satanás había atado a toda la familia humana. Dice el apóstol: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado» (1 Corintios 15:3, 4).

En todo se dignó a participar con el hombre, para poder satisfacer completamente todas sus necesidades. Entró en la casa-prisión, cautivo del último enemigo, la muerte. Pero, ¿fue capaz de salir de nuevo? ¿Puede romper las ataduras de la muerte y del sepulcro? ¿Es más fuerte que el fuerte? Satanás parece haber triunfado; nadie ha entrado jamás por los portales del Seol que tuviera el poder de abrir sus puertas para liberar a sus cautivos, o de recuperarse de su poder. Este es el momento crítico para la esperanza de la raza perdida de Adán. El diablo

ha triunfado sobre el pobre y débil hombre; pero ahora debe medir sus fuerzas con el Hijo de Dios. Exulta por la victoria ya obtenida; y ahora reúne a sus fuerzas para mantener su casa con su real cautivo. Jesús les había dicho a sus discípulos que debía ser crucificado y que resucitaría de entre los muertos al tercer día. Cuando el tercer día comienza a amanecer, todas las fuerzas de Satanás están terriblemente ansiosas, y todas las fuerzas del cielo están confiadamente expectantes. Mientras la guardia romana vigila, y Satanás y sus ángeles mantienen una vigilancia más estricta, esperando en vano que un día más pase, y el maravilloso Cautivo siga durmiendo, de repente un destello de luz como un relámpago ilumina su visión; un ruido ensordecedor como el estampido del trueno más fuerte rasga el aire y hace temblar la tierra. Satanás y su hueste olvidan su misión y huyen aterrorizados y consternados. Un ángel poderoso y glorioso desciende del cielo; las rocas se parten, la tierra tiembla, y el ángel fuerte levanta su voz con terrible majestad, porque el poder del Dios viviente está sobre él. Llama al Hijo de Dios para que salga, y el sepulcro se abre, y, un conquistador triunfante, Jesús, el Crucificado, sale de la casa-prisión de la muerte. Los demonios huyen a su oscuridad, mientras la buena nueva resuena por el cielo y la tierra: que Jesús ha resucitado de entre los muertos.

> «¿Y resucitó?

> ¡Escuchad, oh naciones; escuchadlo, oh muertos!

> ¡Resucitó! ¡Resucitó! Rompió las barras de la muerte.

> Alzad, oh puertas eternas, vuestras cabezas,

> Y dejad entrar al Rey de Gloria.

> Gritad, tierra y cielo,

> ¡Esta suma de bien para el hombre! cuya naturaleza entonces

> Tomó alas, y con Él ascendió de la tumba.»

Ahora triunfante, mira el sepulcro y exclama: «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén; y tengo las llaves del Hades y de la muerte» (Apocalipsis 1:18). Satanás una vez tuvo estas llaves, pues tenía el poder de la muerte. Pero Cristo, por su muerte y resurrección, rompió el

poder de Satanás y tomó las llaves del sepulcro en sus propias manos. ¿Qué no sufriría, qué no sufrió Jesús para vencer al enemigo y rescatar al hombre caído? Dice Pablo: «Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14).

Cuando Cristo salió del sepulcro, trajo consigo a algunos de los prisioneros (véase Mateo 27:52, 53), tanto para mostrar su poder como para dar una garantía de que los sacará a todos a su debido tiempo. Cuando Satanás tenía el poder, se negó a dejar salir a nadie del sepulcro (Isaías 14; 17; Judas 9); de hecho, no podía sacar a nadie, porque, aunque tenía el poder de la muerte, no tenía el poder de la vida. Él puede traer el mal, pero nunca puede conferir ningún bien al hombre. Solo Dios puede dar vida. Ahora el poder ha sido entregado en manos de Cristo, y los santos están durmiendo tranquilamente, esperando en el sepulcro hasta que Jesús los llame.

A quienes lloraban a sus amigos muertos, como si hubieran de sufrir pérdida, el apóstol dice: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (1 Tesalonicenses 4:13, 14).

Pero no solo el santo será sacado del sepulcro. Hablando de su esperanza y confianza, Pablo dijo: «Tengo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (Hechos 24:15).

Todos están en período de prueba para la vida eterna. Esta solo se obtiene mediante la obediencia. «Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra; si rehusáis y sois rebeldes, seréis consumidos por la espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho» (Isaías 1:19, 20). Jesús muestra de manera muy decisiva que habrá dos clases resucitadas de entre los muertos: «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29).

Al sacar a los malhechores del sepulcro, Cristo les quita la queja de que tuvieron que morir sin elección alguna en el asunto. Él los restaurará a la vida sin elección por parte de ellos. Y si entonces no tienen vida eterna, será porque no la han buscado. Pablo dice: «A los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, [Él les dará] vida eterna» (Romanos 2:7). Han tenido todas las oportunidades que se podrían desear, que el cielo y la tierra podrían proporcionar. Pablo dice: «Por esto mismo trabajamos y sufrimos reproches, porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, *especialmente de los que creen*» (1 Timoteo 4:10).

Y Cristo es el Salvador de todos los hombres en más aspectos que el de simplemente sacarlos de los sepulcros. Todos los privilegios de la probación, por los cuales pueden obtener la vida eterna si así lo eligen, y todas las comodidades y beneficios de la vida, son concedidos en respuesta a sus intercesiones. De ahí se verá que, en lugar de tener motivos de queja, todos los hombres están bajo la más profunda obligación posible de amar y adorar al Señor Jesucristo por su benevolencia, que está más allá de la comprensión. El pecador más vil de la tierra es constantemente el receptor de sus favores, recibiendo continuamente los beneficios de sus oraciones e intercesiones por los perdidos. Solo el día del juicio los despertará a un sentido de su ingratitud, al ver lo que Él ha hecho por ellos, cuánta misericordia han despreciado, cuánta gloria, gloria sin fin, han perdido en su locura egoísta. «¡Oh, si alabaran la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres!» (Salmos 107:8, etc.). Él no se complace en la muerte de nadie. Es su deseo que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (Deuteronomio 30:19).

Él es, en verdad, el Salvador de todos los hombres en sentidos muy importantes; pero el apóstol dice, *especialmente de los que creen*. Y hay dos sentidos en los que los que creen son especialmente salvos:

1. Son salvos del pecado. «Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). El pecado fue la ruina de la raza; fue aquello

por lo cual Adán trajo la muerte sobre su posteridad. Lo primero hacia una recuperación completa debe ser la eliminación de la primera dificultad, la fuente de todo mal, el pecado. Sin pecado, ningún mal habría sobrevenido a la raza; sin la eliminación del pecado, ningún bien puede venir sobre la raza. Busquemos, pues, con todo nuestro corazón, participar en la sangre de Jesús, que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7).

Los hijos de Dios, los seguidores de Jesús, tienen una redención especial en la resurrección. «Los que han hecho el bien» tienen una resurrección para vida eterna; los malhechores tienen una resurrección, pero es para aquello que han elegido: la muerte eterna. Dice el apóstol: «No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna» (Gálatas 6:7, 8).

Al no buscar la inmortalidad y la vida eterna, los impíos cosechan corrupción; tienen una resurrección al igual que los justos, pero es para condenación, según las palabras de Jesús. Las Escrituras hablan de una *segunda muerte*, la cual sufrirán los impíos. La primera muerte la sufrieron a causa del pecado de Adán; esa no pudieron evitarla. La segunda muerte la sufren a causa de su propio pecado; esa sí la podrían haber evitado si hubieran querido. Jesús, con un sacrificio inmenso, un sacrificio que ninguna mente finita puede comprender, abrió el camino a la vida eterna, pero ellos se mostraron ingratos con Él e imprudentes consigo mismos. Con toda la provisión de su gracia a su alcance, se precipitan voluntariamente a la ruina eterna.

Pablo, en un texto citado, dice que todo hombre segará según su siembra, y que los que siembran en la carne segarán corrupción. Esta siembra se refiere a sus acciones. En 1 Corintios 15, usa la palabra *sembrado* en otro sentido, a saber, del cuerpo que va al sepulcro. De la resurrección de los justos habla así: «Se siembra en corrupción, se resucita en incorrupción. Se siembra en deshonor, se resucita en gloria. Se siembra en debilidad, se resucita en poder. Se siembra cuerpo natural, se resucita cuerpo espiritual. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se

haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria» (1 Corintios 15:42-54).

¡Qué victoria para los santos de Dios! ¡Un triunfo sobre el pecado, Satanás y todos los males posibles! Este es el beneficio por el cual incluso los justos están ahora gimiendo: «la redención de nuestro cuerpo», libertad de la esclavitud de la corrupción, una entrada a gozos inefables. «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9).